

**L**A VENTANA INDISCRETA. De vez en cuando, dentro de la oleada de cine comercial insulso, nos llega una buena película. En esta cinta, Hitchcock, el "mago del suspenso", vuelve por sus fueros después de una larga época de infecundidad. Sin que ésta sea su obra maestra ni mucho menos, tiene originalidad y una técnica de edición que la colocan entre las obras de mejor categoría enviadas por la industria de Hollywood. Es un verdadero alarde técnico cinematográfico.

Recluido en un cuarto hay un fotógrafo de prensa —James Stewart— quien se fracturó una pierna ejerciendo su profesión. Sin nada que hacer durante largas semanas, observa a través de la ventana a sus vecinos. Todos los departamentos del edificio en cuestión dan hacia un patio interior, y así, a fuerza de observar a todas horas, se entera de la vida íntima de los que puede ver. La cámara no sale del reducido espacio de su cuarto, sino para mirar por la ventana. El diálogo está suprimido hasta hacerlo sintético, funcional y verdaderamente cinematográfico. Y la producción tiene un movimiento notable, hecho a base de cortes y montaje, y movimientos de cámara. Prácticamente la cámara y los gemelos que usa el periodista son sus ojos.

Desfilan ante esa indiscreta ventana, una solitaria histérica y otoñal —solterona involuntaria que sueña con el príncipe azul— que da la historia melodramática del film. Una bailarina con una silueta standard estupenda a quien llaman con esa obvia originalidad americana para los apodos: "Miss Torso". Un compositor abandonado y triste, que triunfa con una canción al fin de la película. Pero todos los personajes son incidentales y el verdaderamente importante, causa y razón de las inquietudes del periodista, es un vendedor de quien por muchos detalles se sospecha haya matado a su mujer.

Están bien dibujados los personajes que se ven a través de la ventana, y sobre todo el periodista, con una gran actuación. La novia, chica de sociedad, de columna de Walter Winchell y *Harper's Bazaar*; la enfermera, sobria y típica. La escuálida y simpática Grace Kelly encarna a la novia y sobre todo imprime una profunda verosimilitud a sus escenas de amor.

La película no pasará a la historia y tiene muchos lugares comunes y convencionales,

# EL CINE

Por Manuel MICHEL

pero se salva por un amplio margen de caer en la vulgaridad tipo coca-cola, gracias a ese alarde técnico de su montaje.

**LA PECADORA DE LA ISLA.** Es una película que no tiene por donde cogerse. Lenta, anticuada, pobre de recursos. No tienen los italianos derecho a hacer cosas así, o por lo menos, a enviarlas fuera. La publicidad se hizo en torno de Silvana Pampanini y su paradisíaca indumentaria usada en algunos trozos de la película. Acerca de su pasión y otras cosas que alientan la morbosidad de cierto público. Eso da la pauta para imaginar qué clase de churro-ravioli resulta. En fin una tomadura de pelo de mal gusto.

**SANGRE Y LUCES.** El cine francés tiene fama de ser el más inteligente del mundo. Y con esta película sobre el maldito tema de los toros y tragedias taurinas se tiene la oportunidad de comprobar que es cierto. Es la pasión y el color

de la "fiesta brava", como dice la publicidad. Pero es algo más. Es un descubrimiento de la podredumbre que hay alrededor del torero: apoderado, amante y periodismo especializado. Y de la verdadera fiera asesina que invade la plaza y que impulsa al hombre a la muerte. Pero también habla de fidelidad en algunos cuantos. Del miedo espantoso que el torero —interpretado por Daniel Gelin— siente unas horas antes de ir a la plaza y a la muerte.

El ambiente —exteriores filmados en España—, está logrado con acierto impecable. No se ven españoles (majas, andaluces), al estilo Hollywood y aun mexicano, comunes en este tipo de películas. No se insiste demasiado en la superficial brillantez de la fiesta taurina, sino que se cala hondo en las emociones humanas. Está bien logrado todo: ritmo cinematográfico, diálogos, color, la intriga amorosa, y la baja intriga de un periodista-publicista-vendedor, etc., con el apoderado del torero,

vil, abyecto, voraz y sin escrúpulos, y la intriga de la amante del torero confabulada con el apoderado para lograr un Cadillac —raro ¿no?— y un pisito sencillo y mono para cobijo de sus amores. La actriz está en tipo, pero es mediocre.

Y una especie de disección del público, influido por el periodista a través de sus artículos, que nos da por resultado una bestialidad increíble. Cariñosos padres de familia, nobles esposos, honorables banqueros, todos gritan y se enfurecen hasta que muere el torero. Unamuno dice que el aficionado a los toros, el verdadero aficionado "connoisseur, es el colmo y copete de la estupidez". Y por lo menos durante la corrida, lo es.

Disuena la belleza vulgar y la mediocre actuación de la húngara-americana Zsa Zsa Gabor, que si en otro tipo de actividades puede ser una maravilla, en el cine parece que nada tiene que hacer. Daniel Gelin es un actor maduro, sobrio, profundo, que está siempre en tipo. La muchacha morena enamorada del torero —Pili— es maravillosamente ingenua y apasionada. Perfecto su carácter y su actuación.

Una magnífica dirección de Georges Rouquier, adaptación casi perfecta y realización limpia y bien lograda.

## LETRA Y ESPIRITU

# LA ATENCION DE PIOVENE

Por Tomás SEGOVIA

**E**N TRE los novelistas italianos de la nueva generación, Guido Piovene es seguramente uno de los más conscientes, de los que han puesto una más lúcida atención en el significado de su obra; y también, tal vez por eso mismo, uno de los que tienen más detractores. En un reciente artículo de *Insula*, su compatriota Carlo Bo lo trata bastante duramente, acusándole de intelectualismo e insinceridad artística. Claro que este artículo expresa puntos de vista extremadamente personales, como se echa de ver enseguida, aunque no sea más que porque el nombre de Pavese, por ejemplo, apenas es mencionado sin más comentario. Puede ser que Pavese no sea a los ojos de todo el mundo el más grande de los novelistas de esta generación; pero evidentemente es injusto no de-

dicarle ni una sola línea en un artículo donde un extenso párrafo se ocupa de un buen escritor como Moravia, pero que, aparte de sus deliciosas narraciones cortas, no tiene en la verdadera novela un aliento siquiera comparable al de Pavese.

Pero en el caso de Piovene hay evidente incompreensión. El calificativo de intelectualista es demasiado fácil, y además califica sólo la manera de un artista, pero nunca decide nada sobre su calidad. Precisamente Italia ofrece un excelente punto de comparación en Luigi Pirandello, al que suelen llamar intelectualista, y que sin duda lo es, pero está sin embargo lleno de vida, de vida directa y fresca, y, además, de sinceridad, precisamente. Es que en arte no es pecado enfocar el mundo con el intelecto; lo que es pecado es en-

focar el intelecto. En cuanto a la sinceridad, habrá que hablar con cautela tratándose de un escritor que ha hecho de ella uno de los temas principales de su obra, y ha dicho sobre este tema tal vez las cosas más profundas que hemos visto desde Proust.

Hay que decir en seguida que Piovene no es un escritor de brillante apariencia. Hay en sus novelas como una monotonía, y también como una monomanía, como una atención sostenida y exclusiva, que sin duda ahuyenta a quienes buscan en la lectura únicamente el espectáculo de un fascinante despliegue de facultades. Sin embargo, estos escritores, cuando se penetra en su órbita, suelen tener una fascinación más profunda y duradera. Por otra parte, Piovene es muy consciente de la fisonomía y de los límites de su inspiración, y aunque esta lucidez no siempre va acompañada de su feliz realización, por lo menos debe darnos a entender que quien la posee no es víctima de ignoradas taras, sino que se enfrenta con sus posibilidades e intenta sacar de ellas el mejor partido posible. Difícilmente puede concebirse mejor

camino para un artista, desde el punto de vista práctico.

Así, por ejemplo, en el extraordinario prólogo de *La gaceta negra*, publicada en español en Buenos Aires, nos dice que sus personajes "son, más bien que los seres físicos que aparecen en la anécdota, algunos temas morales que se corporizan en los seres físicos como temas musicales". En efecto, las heroínas de casi todas sus novelas se parecen mucho unas a otras, casi puede decirse que no son sino variaciones de un mismo tema moral — pero tan musical al mismo tiempo; son como una serie de intentos de esclarecer una misma experiencia; pero esta experiencia es tan profunda y viva, tan sincera y real, y su tratamiento siempre tan inteligente y al mismo tiempo tan sensible, y sobre todo hay en él tanta y tan verdadera atención, que, lejos de fatigarnos, nos sigue iluminando sin cesar.

También desde un punto de vista exterior la construcción de sus novelas es simple y sin alardes. *Piedad contra piedad*, por ejemplo, está constituida por una serie de conversaciones, o más bien de parlamentos exageradamente largos. Sin embargo, este artificio es voluntariamente tan simple y visible, que no pretende ni por un momento envolvernos en su engaño, crearnos una ilusión artística con vistas a un placer intelectual y siempre un poco frívolo, sino que desaparece honradamente por sí mismo, como sucede por ejemplo en las pequeñas novelas intercaladas en el *Quijote*. El mismo nos dice en el prólogo ya citado: "lo menos importante en mis obras es un problema de índole artística, y no lamentó sacrificar parcialmente mi fantasía al propósito de documentarme a mí mismo".

Esta manera de enfocar los problemas de la existencia — el del bien y el mal, por ejemplo, en Piovene —, desdénando un poco los virtuosismos formales a fin de poner más de nosotros mismos en esos contenidos en los que nuestra vida está literalmente empeñada, me parece típica de las mejores corrientes de nuestra época. Y sin embargo, desilusiona a algunos que siguen creyendo que la última palabra consiste en las violentas distorsiones estilísticas con que hace 30 años estaba de moda poner a prueba nuestra adaptabilidad a las novedades; y que ignoran la lección, por ejemplo, de Camus, del mismo Sartre, de toda esta generación italiana y de tantos otros que, en nuestro tiempo, no se ocupan ya de ser tan "artísticos", entre otras cosas

porque no son ya las novedades lo que les interesa — ni el arte como cosa aparte, como placer o distracción (por complicada que sea). Al contrario, el arte es para ellos precisamente la manera de no distraerse.

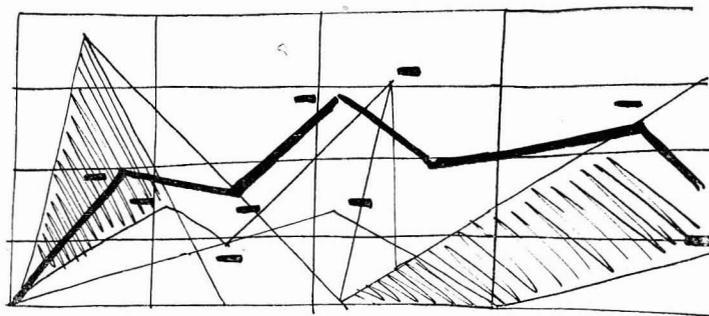
Piovene es uno de esos escritores actuales que se apartan cada vez más del "hallazgo" para perseguir algo más profundo: un encuentro; que en lugar de dedicarse a la caza de hallazgos que, como todas las cazas, tienen algo de deporte, de coleccionismo y de aventuras sin compromisos, salen valientemente al encuentro de sí mismos y de las raíces más hondas de su vida. La fisonomía de un arte es la fisonomía de una atención, y creo que en los últimos años es discernible una corriente cuya atención no es ya una atención curiosa, fragmentaria, brillante, sino más bien una atención continuada y seria, una atención que considera su fidelidad como su más valioso rasgo. Esta corriente es la de esos artistas que en caso extremo prefieren ser fieles a sí mismos a ser fieles a su arte; que *atenden* antes a sus problemas de criaturas que a los problemas del arte; y no, como ha sucedido a veces, porque desdeñen alegremente la seriedad en el arte, sino precisamente porque les parece que esta seriedad, y el arte todo por lo demás, no tiene más sentido que expresar, fundar e ilustrar la sustancia de esas criaturas.

Esto es lo que Piovene expone, con esa maestría que sólo da la veracidad, en el prólogo de *La gaceta negra*. Y esto es lo que ha hecho, a su manera y en su terreno, a través de toda su obra. Esa moral que impregna musicalmente todas sus novelas, y que a Carlo Bo le parece un poco fácil, es sin embargo la entrañable moral que se desprende de la vida de un hombre, una moral bebida día a día en la existencia en la tierra, sin ilusiones ni especulación descarnada, pero con la más honesta y viril atención. "No veo en el mundo nada bueno que no sea un acto de dominio sobre la muerte y la desventura", nos dice. Y esto: lo bueno y lo malo que se ve en el mundo, es lo único que le absorbe, y con él a sus personajes. Y entonces no puede importarnos mucho que el autor no se detenga demasiado a entregarnos una vistosa envoltura psicológica de estos personajes, puesto que ellos solos se organizan desde su centro más vivo y profundo, desde su alma que es más que

su "carácter", para ofrecernos la carne viva de su existencia, que es carne moral y metafísica. Porque a Piovene no le interesa deslumbrarnos con su arte, sino únicamente estar atento por medio de él, y al mismo tiempo hacernos participar a nosotros de esa atención a algo que ha visto, que ha entendido en esta vida, y que le parece como su melódía profunda. Por eso sus personajes encuentran debatiéndose

en las sombras su poco de sustancia luminosa, porque lo que Piovene ha visto y a lo que ha atendido, es que la virtud está hecha de "materia vil", pero no por ello es "menos resplandeciente". Y porque — nos dice — "no he conocido uniones dignas de existir sino entre almas discordes que bajo el soplo impetuoso de un viento blanco se unen precariamente, castigando así a la muerte que las invade".

# LIBROS



## LAS INVERSIONES EXTRANJERAS Y EL DESARROLLO NACIONAL

Por Mario PUGA

EL Ingeniero don José Domingo Lavín ha planteado con un importante libro que acaba de entrar en circulación,<sup>1</sup> el fundamental problema del destino económico de los países de América Latina. Aunque la discusión se basa en la experiencia histórica de México, en diversas partes de su obra trae a colación oportunas referencias a las economías de otros países del Continente, que complementan el cuadro general del estado económico de nuestros pueblos iberoamericanos.

¿Por qué consideramos importante esta obra? Baste decir que es un libro que ocupará lugar destacado y permanente en la no abundante bibliografía sobre el problema económico nacional, por su valentía de expresión, la argumentación bien ceñida a los elementos de hecho, y el rigor lógico de su desarrollo.

### *Economía semicolonial*

La primera nota que destaca es la sinceridad y franqueza del lenguaje. Apoyado en el

estudio de la teoría económica del capitalismo, se decide contra la posición del viejo sistema engendrado y protegido por el liberalismo. Sus doctrinas, que contrastan con la realidad actual de un mundo ocupado por grandes economías imperiales, que absorben las reservas y energías de los pueblos de la periferia, han sido hasta ahora los vehículos de la expansión de aquellas y del rezago de las economías explotadas. Al amparo de las doctrinas económicas del liberalismo se ha producido la experiencia de México — y decimos con ésto, de América Latina — desde los días de su independencia hasta el presente. Estas doctrinas, no obstante que no las práctica en forma alguna Estados Unidos, preceden a los movimientos de expansión del capital norteamericano excedente.

México, afirma el autor, es un país de economía colonial, no obstante los aparentes desarrollos realizados desde la Revolución de 1910 y, notablemente, durante el gobierno del general Cárdenas. Es colonial: 1) porque durante casi un si-